

La biología de la conservación: entre hegemonías y fugas

Gabriela Klier*

Resumen: Este breve artículo busca repensar los discursos de la biología de la conservación a la luz de las corrientes ambientalistas que señalan a la racionalidad moderna como causa fundamental de la crisis ambiental. En particular, se cuestionan la noción de naturaleza y el rol de las ciencias naturales en las problemáticas ambientales. El objetivo es suscitar ciertas preguntas para la profundización de cuidados ambientales situados y polifónicos.

Palabras clave: crisis ambiental, modernidad, biodiversidad, filosofía de la biología

Abstract: This brief article inquires about conservation biology speeches in the light of environmental currents that point out that modern rationality is a fundamental cause in the environmental crisis. In particular, we will consider the question about the notion of nature and the role of natural sciences in environmental issues. The objective is to raise certain questions for the deepening of situated and polyphonic environmental care.

Keywords: environmental crisis, modernity, biodiversity, philosophy of biology

* Universidad Nacional de Río Negro - Conicet.
E-mail: gabrielaklier@gmail.com.

Las muertes de mundos: brotes de ciencias y ambientalismos

La crisis ambiental nos enfrenta con la muerte de mundos, experiencias y formas de habitar que desaparecen: en Fukushima, en la Amazonía, en las pampas envenenadas de Argentina, en los basurales del planeta. Una de las aristas de esta crisis se vincula con la pérdida de biodiversidad, la desaparición de especies y ambientes que en unos pocos años han dejado (y dejarán) de estar. Con relación a esta problemática, en la década de 1980 emergió la biología de la conservación (BC) con el objetivo explícito de evitar la pérdida de biodiversidad. Por otro lado, la crisis ambiental puso en jaque las promesas de la modernidad: promesas de desarrollo ilimitado, de dominio de la naturaleza, de una ciencia «neutral» que resolvería los males de este mundo, etcétera. En este sentido, se desplegaron muchas corrientes de pensamiento —que llamaremos «ambientalismos críticos»— para indicar que las problemáticas ambientales (PAs) no son cuestiones meramente técnicas, sino el resultado de cierta racionalidad moderna que posibilita la destrucción ambiental. El ecofeminismo, el poshumanismo, diferentes corrientes latinoamericanas y decoloniales, la ecología social, entre otros, han revisado la noción de naturaleza y el rol de las ciencias modernas. Para afrontar las PAs no basta con buscar soluciones técnicas, sino que se

requieren otras miradas ambientales externas a los dualismos modernos que separan la naturaleza de la sociedad y priorizan la esfera cultural sobre la natural. No basta con «conservar la naturaleza», sino que es necesario encontrar formas de habitar que no presenten al entorno como un conjunto de recursos destinado al extractivismo o como sitio prístino del que se expulsa a las comunidades locales para su conservación.

Por otro lado, en las PAs el rol de las ciencias (principalmente de las naturales) es tan contradictorio como complejo. Por un lado, están quienes desde las ciencias denuncian e investigan las PAs y también quienes señalan a las ciencias como el principal actor que debe dar cuenta de ellas y solucionarlas (como en las recientes manifestaciones contra el cambio climático). Por otro lado, es fundamental comprender la complicidad de las ciencias en la profundización de la muerte de mundos: ¿cómo entender Fukushima sin la física nuclear, o la expansión de la frontera agrícola, la desertificación y el envenenamiento de suelos sin la genética o la química? Estos interrogantes nos obligan a evitar totalizaciones del tipo buena/mala ciencia y a interrogarnos sobre el para qué y para quiénes de las ciencias en su vínculo con las PAs. Los ambientalistas críticos plantean que las ciencias deben integrar una dimensión ética que las sitúe en un contexto social y valorativo, y reconocer a su vez la multiplicidad de saberes y miradas que atraviesan el ambiente. En este marco, la intención es examinar en qué medida la BC reproduce ciertos supuestos problemáticos de la modernidad y en qué medida aparecen «fugas», resistencias a la hegemonía a partir de la afirmación (Deleuze y Guattari, 1995).

La biología de la conservación: reproducciones y fugas

La BC tiene numerosas particularidades que la distancian de otras subdisciplinas biológicas. En primer lugar, emerge en respuesta a una PA específica y su objetivo no es meramente descriptivo o explicativo, sino prescriptivo: se *debe* conservar

la biodiversidad. Así, desde los primeros escritos del área se fundamentó su existencia por principios éticos y se adjudicó un valor intrínseco a la biodiversidad (Soulé, 1985). Se propuso también un abordaje interdisciplinario que integre conocimientos de las ciencias sociales, naturales y otros saberes (Sarkar, 2005). Pero ¿en qué medida la BC reproduce cierta racionalidad moderna?

En primer lugar, aparece la pregunta acerca de la noción de naturaleza. Cabe señalar que, en el contexto de crisis ambiental, en vínculo estrecho con la PA y el surgimiento de la BC, la propuesta de «conservar la naturaleza» se sustituyó por la de «conservar la biodiversidad» (Takacs, 1996). El de biodiversidad es ciertamente un concepto polisémico (Klier, 2018). Una de las definiciones teóricas más recurrentes es la de Noss (1990), quien sugiere que la biodiversidad es compleja, se encuentra en continuo cambio e incluye diferentes niveles de lo viviente. Sin embargo, si la biodiversidad es «todo», entonces conservar es imposible (Sarkar, 2002). La relación humano-biodiversidad no se deja vislumbrar más que por la recuperación de la llamada ética ecocéntrica que, siguiendo a Aldo Leopold, afirma que, como personas, somos miembros de la comunidad biótica. Sin embargo, las propuestas teóricas no siempre se recuperan en las prácticas. La gran mayoría de las publicaciones de la BC se orientan hacia el estudio de especies peculiares o ecosistemas prístinos, se concentran en el nivel poblacional, consideran solo una especie y desestiman la complejidad ecosistémica (Fazey *et al.*, 2005; Klier, 2018). Esto se refleja iconográficamente en la mayor parte de las portadas de las principales revistas del área, como *Conservation Biology*, que suele elegir imágenes de animales carismáticos en ambientes sin humanos (imagen 1).

Pareciera, pues, que esta «nueva naturaleza» llamada biodiversidad sigue presentando un dualismo naturaleza-cultura. De hecho, una de las principales estrategias de conservación en la BC aún es el área protegida, cuyo origen se remonta



Imagen 1. Portada de la revista *Conservation Biology* de 2018. Fuente: Society for Conservation Biology.

a los movimientos conservacionistas de comienzos de siglo xx. Así, si naturaleza son aquellos sitios (bellos) sin personas, las ciudades aparecen como el lugar «natural» de las personas (Klier, 2018). Lo humano muchas veces se representa como algo que entra en conflicto con la idea misma de conservación, de modo que se confrontan los intereses humanos con los de la biodiversidad, un conflicto en el cual la BC aboga por el segundo elemento. Por otro lado, el marco de los servicios ecosistémicos —recuperado en la BC— reproduce también el dualismo naturaleza-cultura desde diferente ángulo. Este abordaje entiende a los ecosistemas como un conjunto de bienes y servicios (Fisher *et al.*, 2009). Se trata de formas antropocentristas de conservación que ya no la orientan a ambientes prístinos, sino que conciben una naturaleza al servicio de las personas con la lógica moderna de «naturaleza como almacén» (Gudynas, 2015).

En cuanto al rol de las ciencias y los saberes involucrados en la BC, nos encontramos con un esquema similar, una distancia entre «lo que se

dice» y «lo que se hace». Pese a su presentación interdisciplinaria, las publicaciones de la BC muestran que la mayoría de las investigaciones son abordadas desde una ecología disciplinar y dejan de lado los saberes no biológicos (Fazey *et al.*, 2005). A su vez, quienes investigan suelen proceder de países «desarrollados» y realizar sus estudios en países «en desarrollo» (Griffiths y Dos Santos, 2012). Si bien esta situación parece estar transformándose lentamente, aún es norma este abordaje externo de la conservación que actúa desde la voz del experto para determinar lineamientos y prioridades en el cuidado ambiental. Por último, la «neutralidad del experto» tiene su correlato en el olvido de la dimensión ética, elemento fundacional del área, que rara vez suele recuperarse en los artículos (Griffiths y Dos Santos, 2012). Si bien en los comienzos de la BC pudo existir un fuerte énfasis en la reflexión ética, orientada hacia corrientes ecocentristas, posteriormente fueron abriéndose paso escritos que omitían esta dimensión de la conservación o que reproducían una lógica antropocentrista y mercantilizaban la biodiversidad para la producción de bienes y servicios (Gudynas, 2015).

Ahora bien, aunque sabemos que la mayoría esconde voces minoritarias e invisibiliza las fugas, existen otras perspectivas de la BC que parecen cobrar cada vez más relevancia. Por ejemplo, la perspectiva de socioecosistemas promueve un abordaje que considere la dimensión humana de la conservación, con inclusión de otras voces locales o de las ciencias sociales (Berkes, 2004). Alienta otras miradas sobre las relaciones entre humanos y biodiversidad, al asumir que no existe antagonismo necesario entre la conservación y las personas. El etnoconservacionismo, por su parte, intenta integrar conocimientos locales y otras cosmovisiones sobre el mundo natural (Tidemann y Gosler, 2010), reconoce a los actores científicos como uno entre tantos y revaloriza saberes no científicos. Además, aparecen problematizaciones para encontrar abordajes transdisciplinarios y destacar la relevancia de las ciencias sociales, así como de los saberes tradicionales y locales. Por último, encontramos críticas a la fi-

gura del experto y a los abordajes tradicionales de la BC, que asumen la dimensión política de la conservación (Klier, 2018). No obstante, sigue siendo un desafío ver en qué medida estas propuestas son efectivamente llevadas a la práctica a partir de un diálogo de saberes que no suponga la primacía del conocimiento científico. Es decir, si bien se detectan discursos que acompañan a las críticas de la racionalidad moderna, queda pendiente indagar si estos funcionan como meras pancartas de lo políticamente correcto o efectivamente sitúan a las ciencias como un actor más dentro de las PAs. De otro modo, las fugas serán meras llaves para intervenir en problemáticas complejas con una mirada simplificadora y hegemónica de las ciencias.

Discusiones: otros mundos polifónicos

Este breve artículo busca dar cuenta de otras miradas ambientales que afloran en las grietas cada vez más visibles del pensamiento moderno. Estos quiebres atraviesan las ciencias modernas y ponen en evidencia la necesidad de nuevos diálogos que reconstruyan lazos entre filosofía y biología, entre ética y ciencia, y que, junto a otros actores, proyecten diversas formas de cuidado ambiental. Frente a la muerte de mundos, tenemos que construir mundos alternativos con una pluralidad de voces, polifónicamente. A partir de la noción de naturaleza como *topos*, como lugar común, resulta imperioso armar otras ficciones, construir colectivamente otras ideas y afectos en relación con el lugar donde habitamos (Haraway, 1999). Hay que reivindicar la necesidad de un conocimiento situado (y polifónico) para poder pensar la conservación a partir de un nosotros y nosotros que reconozca que el cuidado ambiental también es cuidado propio. Estas transformaciones epistémicas y éticas no implican desestimar el rol de las ciencias naturales en el abordaje de las PAs, sino reconocerlas como un agente que responde a intereses y valores. ■

Referencias

- Berkes, F., 2004. «Rethinking Community-Based Conservation». *Conservation Biology*, 18 (3), pp. 621-630.
- Deleuze, G., y F. Guattari, 1995. *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Paidós.
- Fazey, I, J. Fischer y D. Lindenmayer, 2005. «What Do Conservation Biologists Publish?». *Biological Conservation*, 124, pp. 63-73.
- Fisher, B., R. Turner y P. Morling, 2009. «Defining and Classifying Ecosystem Services for Decision Making». *Ecological Economics*, 68, pp. 643-653.
- Griffiths, R., y M. dos Santos, 2012. «Trends in Conservation Biology: Progress or Procrastination in a New Millennium?». *Biological Conservation*, 153, pp. 153-158.
- Gudynas, E., 2015. *Derechos de la naturaleza*. Buenos Aires, Tinta Limón.
- Haraway, D., 1999. «La promesa de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles». *Política y Sociedad*, 30, pp. 121-163
- Klier, G., 2018. *Tiempos modernos: Un análisis sobre los discursos de la biología de la conservación*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires (tesis doctoral).
- Noss, R., 1990. «Indicators of Monitoring Biodiversity: A Hierarchical Approach». *Conservation Biology*, 4, pp. 355-364.
- Sarkar, S., 2002. «Defining “Biodiversity”; Assessing Biodiversity». *The Monist*, 85, pp. 131-155.
- Sarkar, S., 2005. *Biodiversity and Environmental Philosophy: An Introduction*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Soulé, M., 1985. «What Is Conservation Biology?». *BioScience*, 35, pp. 727-734.
- Takacs, D., 1996. *The Idea of Biodiversity: Philosophies of Paradise*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Tidemann, S., y A. Gosler, 2010. *Ethno-Ornithology*. Londres, Earthscan.